

LOS REYES CATÓLICOS

*—\*—*

**D. FERNANDO Y D.<sup>A</sup> ISABEL**

ORACIÓN FÚNEBRE

PREDICADA

EN LA CAPILLA REAL DE GRANADA

EN EL IV CENTENARIO

DE LA RECONQUISTA DE ESTA CIUDAD

POR EL

**P. FR. PAULINO ÁLVAREZ**

DE LA ORDEN DE PREDICADORES



VERGARA

TIPOGRAFÍA DE «EL SANTÍSIMO ROSARIO»

REAL SEMINARIO

1892

G-F 11477

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

	Ps. Cs.
<i>Vida de la admirable sierva de Dios Sor Bárbara de Santo Domingo</i> , muerta en Sevilla el año 1872; con dos grabados, 2. <sup>a</sup> edición. . . . .	2,50
<i>Vidas de los Hermanos (de Vitis Fratrum)</i> , leyenda histórica maravillosa de la Orden Dominicana en el siglo XIII: versión del latín en presencia de Manuscritos antiguos, con una larga introducción sobre la Orden, en rústica. . . .	3
<i>Vida y martirio del V. Fr. Melchor Garcia Sampederro</i> , Obispo dominico martirizado en Tungking el año 1858, con un retrato del mismo. .	0,15
<i>Santa Teresa y el P. Báñez</i> . . . . .	3
<i>Los Quince Sábados del Rosario</i> , en pasta. . . .	0,75
Idem en rústica. . . . .	0,50
<i>Ramillete del Rosario</i> , en pasta. . . . .	0,75
Idem en rústica. . . . .	0,50
EL ROSARIO: <i>Sus excelencias como devoción y como cofradía; indulgencias; misterios; novena, y al fin, instrucciones y cánticos de misión</i> . .	0,10
El ciento. . . . .	7
El millar. . . . .	60
<i>Santa Catalina de Sena</i> .—Leyenda del B. Raimundo. Suplemento del B. Cafarini. Cartas de otros discípulos, en pasta. . . . .	4,50
Idem en rústica. . . . .	3, »
<i>Conferencias científico-religiosas</i> , dadas en Barcelona durante la Cuaresma de 1890. Segunda edición.—Valencia, Federico Domenech, editor, calle del Mar, 48. . . . .	2
<i>Panegrico de Santo Domingo de Guzmán en Soriano</i> , predicado en la fiesta que, en obsequio del Santo, celebró la V. O. T. Dominicana en Zaragoza en Setiembre de 1890. . . . .	0,50
<i>El Santísimo Rosario</i> , revista mensual ilustrada. Fundada en Febrero de 1886.—Cuesta al año.	4,50

# LOS REYES CATÓLICOS



LOS REYES CATÓLICOS

**D. FERNANDO Y D.<sup>A</sup> ISABEL**

ORACIÓN FÚNEBRE

PREDICADA EN LA CAPILLA REAL DE GRANADA

EN EL IV CENTENARIO

DE LA RECONQUISTA DE ESTA CIUDAD

POR EL

**P. FR. PAULINO ÁLVAREZ**

DE LA ORDEN DE PREDICADORES



VERGARA  
Tipografía de EL SANTÍSIMO ROSARIO  
REAL SEMINARIO  
—  
1892

LOS DIOS CATÓLICOS  
D. FERNANDO Y D. ISABEL

ORACION FÚNEBRE  
PREDICADA EN LA CAPILLA REAL DE GRANADA

EN EL 17 DE FEBRERO  
DE LA RECONQUISTA DE ESTA CIUDAD

F. R. RAULINO ALVAREZ



IMPRESA  
DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EN EL AÑO DE 1881



R. 127445



*Honorem Deo, et patriae liberationem.*

Gloria á Dios y libertad á la patria:

(*Epitaf. de Santa Agueda.*)

### EXCELENTISIMOS SEÑORES:

**T**IENEN los pueblos como los individuos su predeterminación gloriosa por bondad espontánea de Dios, ó bien son precitos y abandonados á réprobo sentido en pena de sus ingraticudes y desórdenes. Entre los pueblos, de Dios elegidos, débese contar á España, cuyo hermoso cielo, y fecunda tierra, y nobles habitantes, guerreros incomparables, conquistadores legendarios, reyes de reyes, y todo por regalo de Dios, hicieron que poetas extraños la llamaran paraíso del mundo, y que el Señor la escogiera para ostentación de sus galas y poderío como Creador y como Redentor. La nación más codiciada y temida de las naciones antiguas es la más privilegiada del divino Salvador, pues la equipara en su manera á la misma sociedad de los redimidos, la Iglesia católica, y al sér más grande y bello de la creación, la Virgen María. Para España, como para la Iglesia y para María, escoge, prepara y santifica Jesús con raro amor á Santiago, San Pedro y San Juan, porque España fuera el pueblo más soberano, como la Iglesia la sociedad más santa y María la más gloriosa de las criaturas.

Si Jesús la hace pasar por las humillaciones de un calvario y permite que sea bañada en sangre, es para que al tercero día resucitada enarbole con El la bandera

de gloria, con Él cante *¡Oh muerte! yo te he matado,* y á la faz de las naciones desde el Olivete de la Alhambra exclame ufana: *Se me ha dado el poder en toda la tierra.*

Como Jesús rehizo la primitiva unidad de la especie humana, divorciada en Babel y diseminada por los cuatro vientos, y al judío y al gentil, al bárbaro y al romano les hizo darse ósculo de fraternal amor; así quiso, señores, que España, para eterna gloria suya y asombro y envidia del universo, rehiciera una segunda vez, cual si fuera otra divinidad, los rotos lazos del humano linaje, separado por un océano, sin saber medio mundo del otro medio.

El punto de partida de la primera unificación de los pueblos dispersos fué la ciudad santa de Jerusalén: el punto de partida de la segunda unificación de los mundos fué la bella, la romántica, la bendita ciudad de Granada. Desde el monte Olivete dice Jesús á los Apóstoles: *Id por las naciones y conquistádmelas.* Desde el monte de la Alhambra dice la reina Isabel á Colón: *Ve á través de los mares y tráeme otro mundo.*

Parémonos, señores, á contemplar esta obra más que humana de unificación, primero española, después universal: unificación geográfica y religiosa dentro del marco de un mismo credo, bajo los pliegues de una misma bandera: el credo de los cristianos, la bandera de España: obra la más grande del mundo después de la creación y de la redención, y obra debida á los Reyes Católicos.

---

Las sociedades se presentan á nuestros ojos tanto más potentes y majestuosas cuanto tienen más de unidad, porque la unidad es la base y vida de todos los se-

res, desde Dios que fulgura en la cima de la creación hasta los imperceptibles átomos que remolinándose van entre las ondulaciones del aire.

Si Dios, dice muy bien un sabio, quisiera definirse á sí mismo al alcance de las criaturas, tomaría por fundamento su unidad suprema y á ella iría amoldando uno por uno sus atributos infinitos. La unidad en la duración es su eternidad; la unidad en la amplitud es su inmensidad; la unidad en las fuerzas es su omnipotencia; la unidad en las ideas es su omnisciencia, y la unidad en la vida y el amor es su bienaventuranza. La misma Trinidad adorable, con parecer rompimiento de su unidad, es la unidad misma desplegada y manifestando sus esplendores. Unidad de Dios, como tallo infinito de la trina flor de las alturas, es el Padre. Unidad de Dios, como sujeto y como objeto conociéndose, es el Verbo. Unidad de Dios, como amante y como amado queriéndose, es el Espíritu Santo. Unidad de Dios, como principio de ciencia y fuente de amor, hace que ese principio, Padre, y esa ciencia, Verbo, y ese amor, Espíritu, sean una misma cosa y tengan una misma vida, poder, amor y conocimiento. Si distinción hay de aspectos en ese prisma infinito es para que sea más brillante la armonía, fundamento de la belleza, basadas ambas en la unidad.

Por la semejanza de esta unidad y armonía divinas son bienaventurados los ángeles y santos de la corte celestial, conociendo, amando y gozando como Dios. Millares y millones de ángeles, en forma de pléyade brillantísima, circuyen el trono de la divinidad, centro solar del sobrenatural firmamento. Cada uno de esos ángeles se diferencia de los demás como especie de especie; clasificados en órdenes y jerarquías. La mar de

la gloria de Dios descende sobre aquel pueblo feliz y lo invade, como descende de las alturas la luz del sol é inunda los mundos etéreos y clarifica los planetas.

Aunque es la misma gloria en todos ellos, presenta en cada uno distinta fase, de donde nace la variedad y armonía jerárquica, reverberando unos la providencia de Dios, otros el poder y otros la sabiduría. Pero en medio de tanta diferencia de espíritus, de representación y de ministerio ¡qué unidad soberana! Una es la luz que alumbrá su inteligencia, una la llama que enciende su amor, uno el manto de gloria que á todos encubre, y una la corriente de delicias que, brotando del seno del Altísimo, atraviesa, al descender, todas las jerarquías, como cascada majestuosa y cristalina que baja de empinada cumbre y rodando cae de risco en risco hasta inundar el ancho y pintoresco valle.

Quando el mismo Dios quiso hacer feliz al primer hombre en el campo damasceno, no creyó que fueran bastante ni las caricias de perfumadas auras, ni el murmullo de doradas ondas, ni las miradas más plácidas de los astros, ni las sombras de vírgenes florestas, ni los agasajos de las aves, de los peces y de las fieras, ni el mismo hechizo de la compañera más tierna y más amante. No sintiéndose dichoso el Creador fuera de la unidad, no podía formar la dicha del hombre sino mediante dulcísima cadena que á El uniera la inteligencia de Adán y á la inteligencia la voluntad, y á la voluntad las potencias inferiores. La gracia, hermosura é inmortalidad del hombre del Edén no eran otra cosa que el enlace de todo su sér entre sí y de sí con la unidad suprema de Dios; como su pecado y su ruina no fué otra cosa que la separación violenta de

Dios y la desmembración y sublevación consiguiente de los elementos inferiores.

Pero donde no hubo pecado que alterase la obra de Dios véase su unidad y variedad harmónicas constituyendo la hermosura y majestad hasta de las cosas inanimadas. Los mares que en el alboroto de sus olas parecen pueblos encolerizados, clamoreando y batiéndose y atropellándose, pregonan sin embargo esa perfección fundamental de Dios, centro de su inefable armonía. Unidas claman las olas contra el huracán que las embiste; unidas marchan cual filas de gigantes á descansar en la playa; unidas acometen á las rocas desfogando su ira, y unidas retroceden de la orilla saliendo al encuentro de sus aliadas. Unas marchan en vanguardia abriendo camino á las siguientes, y otras siguen en pos defendiendo la espalda de las primeras: y porque todas á la orilla se tiendan en suave lecho, convierten allí sus iras en blanda espuma procurando unas á otras tranquilo reposo. ¡Unidad y variedad admirables de las olas, cómo pregonan las admirables variedad y unidad del Dios de las alturas!

Miríadas de astros brillan en el firmamento sin aparentar orden ni enlace alguno, esparcidos por Dios en los espacios cual esparce el labrador la simiente por la anchura de los campos: unos más cercanos y otros más distantes; unos más voluminosos y otros apenas perceptibles. Todos, sin embargo, giran y resplandecen harmónicamente á la manera de brillantes engastados en los radios de gigantesca rueda cuyo eje es el sol.

Rosas y flores sin cuento alfombran y perfuman dilatada campiña, de mil colores, formas y ambrosía. Jardiner humano no las ha tocado ni menos ordenado: son capricho nada más de la naturaleza que así quiere

ostentar sus galas. Pero, ¡cuánta atracción y unidad en ese aparente desorden de la pradera! Las auras, confidentes silenciosas de sus simpatías, podrían decirnos las corrientes de vida, los gérmenes fecundos que unas á otras se envían, lo mismo á la luz del sol que entre las sombras de la noche.

El hombre, no menos majestuoso que la mar, ni menos brillante que el cielo, ni menos agraciado que las flores, bien á pesar de su decadencia por la desunión primitiva, lo mismo en el orden intelectual que en el moral no reconoce otra base de su grandeza que la unidad. Por la unión de su cuerpo con su alma es hombre; por la unión en sí de todos los elementos del universo informados por un espíritu libre, es rey; por la unidad de su luz intelectual con la luz de Dios y de la vida de su persona con la vida del mismo Dios, así en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, es hijo del cielo. Su ciencia es la unidad de sus conocimientos, y sus conocimientos son la ecuación de la inteligencia con los seres. Su amor es la tendencia de la voluntad á unirse con lo amable, y su felicidad es la unión íntima de esa voluntad con esa amabilidad. Si un día se ve coronado rey, es porque á su frente convergen y en ella se unen la irradiación de la realeza divina y las miradas y los corazones de los pueblos. Si mil hombres se proponen gozar de las ventajas de la vida social no lo obtienen sino es por la unidad de sus miras, afectos y relaciones.

Campos, mares, cielos, hombres, ángeles, Dios, todos viven de la unidad, por ella son felices y sin ella serían un caos.

Para la unidad del universo fué necesaria la sabiduría y poder de todo un Dios; para la unidad de la socie-

dad santa de las almas fué preciso que Dios muriera; para la unificación de reinos y mundos fueron por Dios escogidos un genio, un corazón, una fe, una espada, cuales el hombre no había visto, porque eran hechura de Dios. Una mujer toma de mano de Dios esas armas divinas y guerreras, y con ellas pertrechada inicia, sostiene y consume empresas fabulosas, levanta ejércitos, hace de soldados titanes, derriba murallas, impone miedo á naciones extranjeras, corona de gloria una guerra de ocho siglos, desposa á Castilla con Aragón, prohija á Portugal, atrae á Navarra para engazarla luego en la corona de sus hijos, hace llorar de vergüenza á caudillos y reyes formidables, arranca al agareno su turbante para lavar su cabeza en las aguas de la redención, forma de España un solo pueblo con una misma fe, un mismo señor, una misma vida; por su respeto y merecimientos hace Dios españolas regiones africanas, italianas y francesas, y por fin, no agobiada aún su frente con tantos laureles, latiendo en su pecho un corazón más grande que sus territorios, febril por la gloria de Dios y de España, asómase un día á las almenas del palacio de los Alhamares, conjura al océano que le abra sus entrañas y le rinda sus iras, y cuando á través de sus ondas vislumbra otro mundo, clava en él las banderas de Cristo y de Castilla para que Dios é Isabel sean los dos reyes de las Indias y los mares.

¿Qué es esto, señores? ¿Un fantástico sueño? ¿Una fingida iliada? ¿Qué mujer es ésa á quien Dios llama al consorcio en la más grande obra de la historia humana? Iliada es, sí, pero iliada real, maravillosa, más que cuantas inventaron atrevidos poetas, ante la cual la guerra de Troya es puro juego de donceles, y las haza-

ñas de los Hectores, Aquiles y Ulises festivos estrenos de soldados bisonños. Aquella mujer es una española con quien Dios comparte el peso de su gloria como Señor de los ejércitos y la majestad de su soberanía como dueño de los mundos.

No separemos, en esta obra de conquista y unificación, á Dios de los Reyes Católicos, pues común es de los três, ayudados de aquellos guerreros y de aquellos marinos que fueron pasmo del orbe y cuyo molde rompió el Hacedor, después de haberlos formado, para que nación alguna jamás igualara á España en glorias militares. Si de Dios solo fuera el triunfo, no encumbraría á España sobre todos los reinos de la tierra: si no más que los reyes españoles hubieran luchado, el éxito no sería tan fabuloso. Grandes capitanes y poderosos reyes habían ya tentado y acometido esta obra de integridad y unidad de la patria: hay nombres inmortales que perpetúan las etapas de ese avance del fraccionamiento á la totalidad española. Covadonga y Calatañazor, Toledo y Zaragoza, Las Navas, Valencia y Sevilla aparecen como columnas que marcan el ismo por donde se comunicarán corrientes de vida y unificarán los pueblos ibéricos. Pelayo y su gente es el grano de mostaza que nace en una cueva para trocarse en árbol bajo cuyo ramaje descansará victoriosa la península entera. Un Fernando une en sus sienes la triple corona de Asturias, Galicia y León. Otro Fernando es vitoreado rey de León y de Castilla; y ahora, por singular disposición de Dios, otro del mismo nombre viene de Aragón á estrechar, juntamente con las manos de una princesa castellana, sus coronadas frentes enseñando á los pueblos castellano y aragonés á cantar el perpetuo desposorio de las dos coronas con aquellas palabras:

*Tanto monta, monta tanto*

*Isabel como Fernando.*

El aragonés será seducido por el dulce y maternal corazón de Isabel, y el castellano se verá ir de victoria en victoria abriéndole paso la espada de Fernando.

Como del desposorio del sol con las aguas de las alturas nacen esos arreboles, rosa de los cielos, que á su vez arrebolan los mares, la tierra, los aires y los truecan en panoramas de gloria, así de la union de ambos príncipes, de la mancomunidad de sus miras, amores, virtudes, patriotismo, celo de Dios, y del brillo de sus espadas desposado con las lágrimas de sus paternas ojos nacen primeramente en la española tierra la unión y paz interior, la cultura, la armonía de los grandes con el pueblo, la sumisión de los feudales, el ardor de los guerreros, los ensueños de triunfos militares, la represión de los delitos, la justicia sin miramientos, la exaltación de la fe, la reforma de las costumbres, el santo coraje contra los profanadores de la religión y de la patria, y de todo ello un pueblo atleta que no vive, que no reposa, que no consiente treguas hasta ver á España española, al sarraceno en su tierra, y la cruz y los leones de Castilla coronando la Torre de la Vela y después surcando mares y recibiendo vasallaje de todo un mundo.

Mas ¿fué esta obra de redención y unificación nacional puro resultado del material enlace de los dos príncipes? Si un tal enlace fuera causa suficiente para el enlace de los reinos, tres siglos haría que Aragón fuera castellano y Castilla aragonesa, porque no faltaba idéntico motivo de unirse ambos pueblos. Pero entonces la fusión no pasó más allá de las fronteras del tálamo nupcial, mientras que ahora no encuentra fronteras

porque no las tiene la redondez del orbe. ¿Débese acaso á la pericia y valor de Fernando como primer soldado de esa épica campaña? ¡Oh! señores: ¡tuvo tantos Fernandos la antigua España...! Y con todo esto los más afortunados no llegaron á ser más que pequeños régu-los sobre un palmo de tierra llamado Asturias, ó León, ó Castilla, ó Aragón. ¿Faltaban méritos ó santas inten-ciones en los antiguos guerreros? No tampoco en mu-chos de ellos, y sobre ellos en Fernando el Santo. ¿Obró Dios á la ventura é hizose caprichoso como la misma fortuna? Imposible: aquel Dios que no permite al viento arrancar una sola hoja de árbol solitario sin expresa orden suya, no deja á un pueblo, escondido en aparta-do rincón del globo, salir de sus trincheras, avasallar reinos, dominar hemisferios, ceñir su frente con dia-dema tan grande como el pabellón del firmamento, sin una predestinación, bendición y acompañamiento par-ticular de su majestad divina. Levantemos, señores, los ojos al cielo, puesto que razones humanas no bas-tan para explicarnos tanta conquista y universal seño-río. más consuela ver á España engrandecida por intervención de Dios, que impulsada por los hados, aunque sea para coronarla reina de las naciones.

Dios que, en virtud de la predestinación, configura y hace conformes á la imagen de su Hijo á los indivi-duos que un día han de ser por El glorificados, confi-gura también y conforma á la imagen de la sociedad redimida aquellos pueblos que tiene predestinados á las glorias religiosas y militares. Que de estos pueblos es uno España lo dice la elección de Santiago para apóstol de esta nación, la visita corporal de María to-mándola bajo su particular amparo, el santo consorcio de la cruz y de las armas españolas, de los gritos de

guerra y de las invocaciones de Dios en las batallas, y sobre todo el haberla escogido el Salvador para la obra de unificación y redención de los mundos, continuación y acabamiento de la unificación de toda raza obrada en el Calvario. Pues bien, señores: cuando en las primitivas edades quería Dios libertar, unir y glorificar á una tribu ó generación, contentábase con levantar en medio de ella un hombre, un legislador, un guerrero que reuniera las familias dispersas y les diera vida independiente y respetable. Moisés, Josué, Gedeón, David, Matatías, son esos libertadores que Jehová constituía jefes de su pueblo y lo llevaban á la victoria contra los incircuncisos. Mas cuando el Señor extiende sus miradas por la anchura de las naciones y quiere borrar las diferencias de clase y raza haciendo de toda tribu un solo reino, retira á un lado al puro hombre, aunque grande, y encomienda la obra á una mujer. Con ella quiere llevar á cabo la empresa de redención universal y derramar en el mundo del tiempo la luz y la vida del mundo de la eternidad. Y una doncella de Nazaret es desde entonces aclamada por tierra y cielo corredentora de las almas y reina del universo.

Pues porque Dios no cambia de trazas en el cumplimiento de sus designios sobre la redención de los pueblos, manda en los antiguos tiempos de España caudillos poderosos que recojan los restos de la nación aventada ó cautiva y rehagan las mesnadas que por los montes andan sedientas de justa venganza. Covadonga es el monte Oreb donde Pelayo oye la voz de Dios y de la Patria que le manda libertar á su pueblo del cautiverio mahometano. Atravesando cordilleras, bajo el manto de la Reina de las batallas, enarbolada la Cruz de la Victoria, y guiado por el Dios de los españoles,

quiere sentar sus reales en la tierra prometida. Caudillos, terribles como las montañas que enseñorean, continúan la invasión militar y ensanchan las fronteras de la reconquista. Fernando I se pasea triunfante por Asturias, Galicia y León. Son tres puñados de tierra nada más; pero son sabrosos porque están regados con sangre agarena. Surgen otros Josués, y Gedeones, y Matatías. Al clamor de las trompetas sagradas caen con estrépito las murallas de cien pueblos. Un segundo David, Fernando el Santo, agrega á los tres pequeños reinos el de Castilla. Lo mismo hace y al mismo tiempo, por el lado de Oriente, en tierra y en mar, Jaime el Conquistador. España es un mosaico de reinos.

Esto es ya grande, señores; pero no calma el ansia. El territorio de cada soberano le viene estrecho para la altura de su trono y el ardor de su alma. Los caudillos de sangre encendida no caben en el campo de sus operaciones: y el pundonor, y los ensueños caballerescos, y la fiebre de hazañas toman ocasión de insignificante querrela para hacer sonar sus clarines de guerra y regar á España de sangre española. Entonces es cuando Dios quiere intervenir como *Príncipe de la Paz* y hacer de las tribus de España un solo reino. Y dejando aparte reyes y capitanes que habían sido buenos como libertadores y señores de una región, escoge á una mujer por corredentora y universal reina, y hace de Isabel de Castilla una María española.

Como en María Virgen atesora Dios todas las gracias de la redención para que las derrame en la sociedad de las almas y forme las legiones de apóstoles, mártires, doctores y vírgenes, acumula también en Isabel de Castilla todas las grandezas nacionales, porque sea digna soberana de la España de los santos, de

los sabios, de los guerreros sin par y de los conquistadores inauditos. Llena es de gracias esa bendita entre todas las reinas, y mancha alguna no hay en su frente coronada. El pudor que no le permite descubrir su pie desnudo al sacerdote que intenta unirla en la hora postrimera: la justicia que la hace recorrer los pueblos y convertir las plazas en tribunales donde absuelve ó castiga sin aceptación de personas, defendiendo al desvalido contra las tropelías de los grandes, creídos señores de hacienda y vida; aquella majestad y entereza de alma con que ahuyenta desdeñosa á embajadores de Portugal, de Francia, de Turquía, hasta de Roma, que le proponen transacciones contra el honor de España; el valor heroico con que se presenta desafiando las iras de las turbas amotinadas de Segovia sin ceder á sus clamores y amenazas, ni aceptar condición de ningún género, porque *soy la reina*, les dice, *y no estoy acostumbrada á recibir condiciones de súbditos rebeldes*; la pureza de su conciencia y la sed de virtudes que la hacen escoger por confesores suyos y de sus hijos á los varones más santos de su tiempo: el afán y la alegría con que emplea las horas de ocio y las treguas de la guerra en coser ornamentos sagrados para iglesias pobres ó mezquitas que muy pronto serán templos cristianos; aquel ardor de mártir con que exponiendo su vida levanta ejércitos y los guía á la victoria ó á la muerte por Dios; aquellos desvelos y sacrificios propios de apóstol con que atiende á *las cosas de la honra del Señor é de su santa fe, celando é procurando la guarda é ensalzamiento de ella, porque por ella somos obligados á poner las personas é vidas é lo que toviéramos, puñando por ella contra los infieles*: aquel celo y firmeza que despliega en la reforma de costum-

bres del clero desde el Primado de Toledo hasta el último sirviente de ermita y desde el palacio real hasta la mísera choza del proletario, no menos que si fuera un San Pío V de Roma; las lágrimas de santo júbilo, las humildes postraciones, los *Te-Deum* que con alma y entrañas cantaba cuando recibía nuevas de algún trunfo de la Cruz contra el Corán; todo esto y más que esto realzado, si cabe, por una hermosura peregrina y una ternura maternal, hace que aparezca la reina de Castilla en las alturas de su gloria por encima de mil cabezas coronadas, majestuosa, radiante, santa, cual una suerte de divinidad, y que de ella pueda también preguntarse: ¿Quién es esa que surge como la aurora alegrando la tierra, bella como la luna, preciosa como el sol y terrible ella sola como un ejército batallador?

Dios le da un consorte cual convenía á la reina más noble, religiosa y guerrera de las reinas; el cual es el primer caballero entre sus caballeros, el primer soldado de sus filas, intachable como rey, indomable como militar, sagaz, certero y político sobre todos los monarcas de su tiempo, árbitro de Europa, apóstol armado de la católica fe; pero cuya gloria más grande es haber sido esposo de Isabel y de ella tiernamente querido. El cariño de la reina gustará de que por España se cante: «Monta tanto como Isabel Fernando;» pero la ingenuidad y caballeridad del rey contestará con justicia: «No es grande Fernando sin Isabel.» Sus más brillantes hazañas militares no son tan propias de él que la reina no se lleve la mejor parte, pues más que el aragonés con su pecho blindado, y corazón de volcán, y brazos de león, alienta á las tropas en los desmayos la castellana con su presencia, sus miradas y caricias maternales.

Vedla, vedla recorriendo los pueblos de Castilla al frente de sus aguerridos, haciendo de las piedras oro y de campesinos diestros militares, sin atender á las palpitaciones de madre que por vez primera siente en su seno, porque quiere ser más bien madre de los españoles que del hijo de su amor aun no nacido. Galopando va exhalada y jurando humillar la jactancia del novelero rey de Portugal que desafía á Castilla. Vedla más acá, ardorosa y guerrera cual nunca, al pie de los muros de Baza, apoderándose con sus miradas de la terrible fortaleza y trocando en paraíso las tiendas y el acampado ejército cristiano, maltrecho por las lombardas de las troneras, por las tormentas del cielo y por el fango de la tierra. A verla salen y coronan los muros con el fiero Cid Hiaya los soldados y los paisanos, los moros y las moras, y contemplando aquella que se destaca entre damas y capitanes, pabellones y banderas, cual aparición del cielo, y observando atónitos aquellos extremos de júbilo como de ejército resucitado y el ardor bélico que de nuevo á los cristianos inflama, rindense los corazones, caéenseles el furor de los ojos, las armas de las manos, y quieren también ellos ser vasallos de la reina cristiana.

Vedla ya ante vosotros, ahí, en la vega, en esa vega de Granada, bendecida é inmortalizada por sus plantas y teatro de sus mayores triunfos. Viene enardecida á vengar los desastres de Zahara, de la Ajarquía y de Loja. No quiere ver más moros en su España, y vuela por entre la arboleda, apareciendo, desapareciendo, talando los campos, sentada en brioso palafrén, cubierta su cabeza de sombrero negro cual bandera de guerra sin cuartel, blandiendo en su mano fulgurante espada, acorazado su pecho de bruñido acero, y de sus ojos en-

viando rayos que aterran, que alientan, que matan, que dan vida, ojos de Marte para el moro, ojos de madre para el cristiano. Aproximándose viene hasta la Zubia, porque de cerca quiere contemplar la fantástica corte de los Alhamares con sus torres y castillos y palacios, y oír el último suspiro del imperio musulmico en España.

Una mañana, la mañana más esplendorosa que había amanecido en ocho siglos, retumban por la vega tres cañonazos: sigue el vibrante sonido de los clarines: vístese de gala el ejército. Es la gran pascua de los españoles. El rey, el clero, los caballeros, los hidalgos con sus tropas formadas se enderezan á la Alhambra por la rampa de Abahul. Pasan horas de sepulcral silencio. El cielo y la tierra reprimen su respiración por oír las palabras de Boabdil y el ruido de las puertas del alcázar que se van á abrir para que salgan los sultanes y entren los monarcas españoles. Isabel mira y aguarda desde una eminencia. La quietud pavorosa de la ciudad la alarma. ¡Si habrán caído en emboscada el rey, el cardenal, caballeros y soldados! Una luz vivísima hiere los ojos anhelantes de la ansiosa reina. Es la cruz de plata que D. Fernando enarbola en la torre de la Vela, y en pos el pendón de Santiago y el estandarte de Castilla. *¡Granada por los reyes!* exclaman los cristianos. Sollozos, lágrimas, vítores, plegarias, alabanzas á Dios resuenan en las llanuras. España es una, es libre, es toda cristiana. Montad, muslimes, vuestros ligeros alazanes y corred á esconderos en las sierras africanas, con vuestros jeques y cadíes de luenga barba, con vuestros feroces zegríes, gomeles y gazules que nada os han valido contra Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

La sultana de Occidente va á ser ahora una segunda Jerusalén, centro de irradiación universal y de redención de los mundos. España no se teme ya á sí misma, no tiene miedo á vecinos reinos; el viejo mundo la mira con asombro. Dios quiere premiar de una vez á la nación mártir de ocho siglos que no tuvo sangre y vida sino para sacrificarlas por la fe. Una voz celestial resuena en el fondo del alma de Isabel diciéndole como al Salvador: *Dabo tibi gentes haereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terrae*. Mira, mira desde esa Alhambra por los cuatro puntos cardinales de la tierra: dueña te haré de nunca imaginadas naciones, y serán tus dominios anchos como los dominios del sol. Ven tú, acércate, singular extranjero, de rubia cabellera, olímpica frente, mirada de centella, silencioso como la noche, tenaz como el cautivo: ven, aventurero sublime, burlado de las cortes, de los sabios y de las turbas: tú que á cambio de una cédula prometes un mundo, sube á la Alhambra, visita á Isabel. Los grandes corazones y los grandes genios se entienden con mirarse. Colón necesita una Isabel; Isabel merece un Colón. Antes que se dividan las atenciones y las tropas que han de conquistar á Mazalquivir, Orán, Bugía, Argel, Tremecén y Trípoli persiguiendo al sarraceno, y batallar en Nápoles y Sicilia y Flandes y Francia humillando á émulos orgullosos y traidores, es justo que abras á la vista de la reina tus mapas y le enseñes los mundos abrigados y mecidos por el océano.

Hecho está, señores. Isabel y Colón se han entendido. Tan poderoso como es el atlántico y tan inmenso como el nuevo mundo es el aliento y el amor que al marino inspira Isabel. Levántense tormentas, amenácenle de muerte, cruja y rómpase velera caravela, Colón se-

guirá impávido porque su timón guía la fe en Dios y su espalda guarda é impulsa el ángel tutelar, Isabel de Castilla. Si muere, muere por Isabel; si triunfa, para Isabel triunfa. Su amor y su fe son tan fuertes que si no hallara el vislumbrado mundo, le parece que él lo arrancaría del seno del océano y lo sacaría á flote para regalárselo á la reina de las Españas. Pero Dios no inspira para defraudar ni premia con falsas promesas. ¡Tierra! ¡tierra! claman un día atónitos y alborozados los aventureros del Almirante como si volvieran de muerte á vida. *Un mundo, un mundo por Dios y por Isabel*, dice Colón postrado de rodillas, las manos al cielo. *Unificación, civilización, redención universal*, contestan los ángeles de las alturas. *Gloria á Dios, á Isabel y á Colón*, dicen la tierra y los mares, los indios y los españoles.

*Consummatum est.* Restablecida está la unidad geográfica. Deslizándose por los mares irán de Europa las auras plácidas de la fe cristiana, de la cultura, de la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Las altas olas serán los brazos con que se estrecharán los dos mundos hermanos. La virgen América hará de los murmullos del océano mensajeros de filiales caricias á la madre España, y la madre España mandará á su rozagante hija plácemes y bendiciones fecundas. Una en pos de otra marcharán allá nuevas caravelas españolas con hombres que den libertad á tristes esclavos, que enseñen á amar á los reyes católicos y adorar al Dios de los cristianos; y de allá volverán cargadas de oro y de lágrimas de ternura para sus libertadores, maestros y misioneros. Dando al viento las banderas con los leones de Castilla y la cruz de Dios recorrerán llanuras y selvas, islas y continentes, la flor de los capitanes y de

los santos de acá, los cuales edificarán ciudades europeas, levantarán templos al Señor y á la ciencia, catedrales y universidades, y América (¡pena me da llamarla así!) será una Nueva España, una nueva sociedad cristiana, un nuevo mundo culto que pasado algún tiempo admirarán sus mismos civilizadores.

*¡Consummatum est!* Cumplido es todo: los ensueños proféticos de Colón; los amores más grandes de la más grande reina de la tierra; las hazañas maravillosas de los más ínclitos guerreros del mundo; la redención de Jesucristo en toda nación del orbe, cuyas divinas corrientes eran detenidas por las playas del viejo hemisferio. Ahora puede cantar la Iglesia y contestar los ángeles:

*Terra, pontus, astra, mundus,*

*Quo lavantur flumine.*

Tierras, mares, islas, mundos son por Jesús lavados. Ahora compensa España al Redentor las naciones renegadas de Asia y África, abriendo paso á la invasión de la sangre divina.

*¡Consummatum est!* Acabada es la tercera obra grande de Dios fuera de sí mismo, y cumplidos por entero los vaticinios de los antiguos profetas: *Et videbit omnis caro salutare Dei*; y toda carne verá la salvación de Dios. Para la primera obra, la creación, pronunció Dios un *fiat* que resonó en las fronteras de la nada y pobló de seres los ámbitos silenciosos del universo. Para la obra segunda, la redención, envió á su mismo Verbo, lleno de gracia y de Verdad, que resucitase el cadáver del humano linaje. Para la obra tercera y última en la tierra escoge entre los pueblos á uno lleno de vigor, cuya vida es la fe, cuyo aliento es el denuedo, cuya fama es la victoria y cuyo nombre es España; y entre los españoles á Isabel de Castilla, en cuyo pecho tomaron

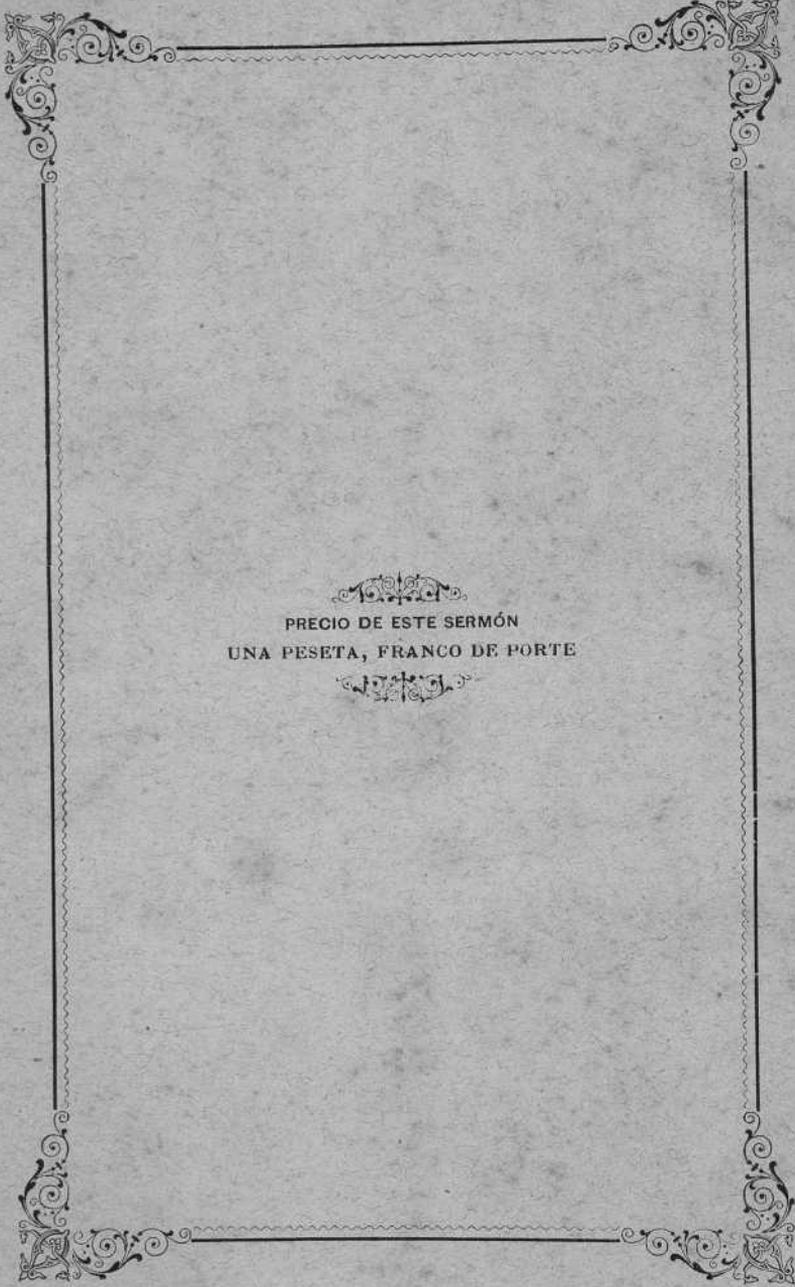
asiento la piedad y el heroísmo, y en cuyos ojos brilla el genio cristiano hazañoso y emprendedor de Constantino y Teodosio, de Balduino y de Godofredo. Y esta mujer, que se abrasa por la gloria de Dios, descubre por Colón y une las razas y las tribus que pueblan la tierra, haciendo de todas una sola familia, cuyo Padre es Dios que está en los cielos; con un solo bautismo, que es la sangre de Cristo redentora; con un solo cetro, que es el cetro de Aragón y de Castilla, y cobijada bajo los pliegues de una sola bandera, de aquella noble bandera que alzó Pelayo entre los riscos de Covadonga y que estremecida ahora por el viento de la gloria, abraza y besa la Cruz clavada en los altos minaretes de la Alhambra granadina.

Enardecido mi espíritu ante tan grande espectáculo, mira con los ojos de la fe que de las opuestas playas de ambos mundos se levantan los pueblos y las razas alabando y confesando á un solo Dios, eterno Padre y Señor del universo. *Te-Deum laudamus, te Dominum confitemur.* Y era que resonaba otra vez el arpa de David diciendo: *Cantad alegres á Dios toda la tierra; cantad y saltad de gozo y tañed salmos. Muévase el mar y todos sus abismos, la tierra y todos los que en ella moran;* porque ya no es desconocido de ninguno de sus hijos el nombre de Dios de Israel.

Y tú, Granada, paraíso de la tierra, oasis de ventura para los reyes que peregrinaron, descanso placentero de la jornada de ocho siglos, fuente de los alientos con que tantas hazañas maravillosas llevaron á feliz término nuestros iberos héroes, póstrate de rodillas y en cambio de tanta gloria como han derramado sobre ti los monarcas castellanos, que ahí duermen el sueño de la muerte al pie de los altares de su Dios, pide fervorosa para ellos la dulce y soberana é indefectible y eterna luz de los cielos. *Lux aeterna luceat eis.*







PRECIO DE ESTE SERMÓN  
UNA PESETA, FRANCO DE PORTE